

VERANEANDO EN ZAPALLAR

EDUARDO VALENZUELA OLIVOS Chileno (1882-1948).

ACTO ÚNICO

La escena representa el patio de la casa de don Procopio Rabadilla. En primer término, a ambos lados, puertas que dan acceso a habitaciones interiores. Alegran el patio numerosas matas de zapallo con sus frutos, destacándose visiblemente.

Al levantar el telón, don Procopio está sentado leyendo atentamente el diario, mientras doña Robustina examina unos figurines de modas, junto a una mesita de bambú. Hay varias sillas en amable desorden.

ESCENA PRIMERA

Procopio y Robustina.

Procopio: (*leyendo un diario*). "Se encuentran veraneando en Zapallar el talentoso abogado don Procopio Rabadilla, su distinguida esposa doña Robustina Jaramillo y sus encantadoras hijas Amparo, Consuelo y Esperanza. ¡Qué tal el parrafito!

Robustina: Procopio... no me saques de mis casillas. En lugar de agradecerme lo que hago por prestigiar nuestro nombre por asegurar el porvenir de nuestras hijas... por darte brillo.

Procopio: Sí... ya lo tengo en la tela de mis trajes.

Robustina: Intentas burlarte de mí... Procopio vulgar, hombre inútil.

Procopio: Mujer, no me insultes, si no quieres que...

Robustina: Infame. Abogado sin trabajo.

Procopio: (*sin hacerle caso*.) Veraneando en Zapallar... Afortunadamente no mentimos, porque este último patio de la casa ostenta unas hermosas matas de esa sabrosa legumbre.

Robustina: Claro. Muy justo. Muy natural. ¿Qué habrían dicho las amistades si hubieran sabido que nos quedábamos en Santiago?

Procopio: Eres insoportable mujer, con tus pretensiones ridículas. Tan bien que estaría yo a estas horas, dándome un paseo por las piscinas.

Robustina: Atisbando a las lolas... a las bañistas. Si te conozco, Procopio. Si sé que eres un eterno enamorado.

Procopio: Exageras, mujer. Lo que hay es que soy aficionado a la geometría, y a estudiar en el terreno las rectas, las curvas, los catetos y las hipotenusas...

Robustina: Pues, si quieres estudiar matemática, no tienes más que encerrarte en tu cuarto.

Procopio: ¡Ay, la suspirada libertad! Y se dice que las mujeres no mandan. Yo no sé qué mas pretenden las señoras con sus teorías feministas

Robustina: Nosotras somos las mártires del deber

Procopio: Y nosotros los mártires para pagar las cuentas de la modista, de! lechero v de todo..

¡ Ah!, esta vida es horrible, desesperante. (*En alta voz y paseándose a grandes pasos*). ¡Cómo encontrar consuelo, cómo hallar una esperanza, en dónde buscar amparo a esta crítica situación...!

ESCENA SEGUNDA

Dichos, Amparo, Consuelo y Esperanza.

Amparo (*entrando*): ¿Nos llamabas papá?

Consuelo (*entrando*): Aquí estamos

Esperanza (*entrando*): ¿Qué deseas?

Procopio (*primero extrañado, y recordando después*): -Ah, de veras. Me olvidaba, hijas mías, que os llamáis Amparo, Consuelo y Esperanza, aunque precisamente sois lo contrario de esos dulces nombres.

Amparo: ¿De qué conversabais?

Robustina: ¿De qué ha de ser, hijas mías? De nuestra situación, de que tu padre no cesa de protestar por el encierro voluntario a que nos hemos sometido para guardar las apariencias.

Consuelo: Es una situación atroz.

Esperanza: Horrible.

Consuelo (*a don Procopio*): ¿Cómo no lograste papá, juntar dinero para salir a las playas?

Procopio: Porque los juicios son pocos. Ya la gente no litiga como antes, Ya se está convenciendo de la verdad de que "más vale un mal arreglo que un buen pleito". Y porque finalmente todo os lo habéis gastado vosotras en trajes, zapatos, bailes, etc.

Amparo (*escandalizada*): ¿Has oído, mamá?

Robustina: No le hagas caso. Por él ojalá salierais vosotras con trajes de percal, o sin trajes. Vuestro padre no sabe de lujo, ni de distinción (*despreciativamente*).

Desciende de la familia de los Rabadilla; mientras que yo soy noble y de antigua estirpe... (con mucha dignidad y orgullo). Soy de los Ja-ra-mi-Ilos... Entre mis antepasados se encuentran un general y un obispo. Sería pedir peras al olmo pedirle a tu padre distinción, chic, savoir faire, confort. No pertenecerá jamás a la élite...

Procopio: ¿Quieres traerme el diccionario, Amparo, para ir traduciendo lo que me dice tu madre?... Es una suerte que me insulte en francés, porque así no me entero inmediatamente...

ESCENA TERCERA

Dichos y Luchito.

Luchito (*entrando*): ¿Hay dificultades?

Procopio: Sí, hijo mío tu madre...

Robustina: Tu padre era el que...

Luchito: En fin, la paz se ha restablecido. Me alegro.

Procopio: ¿Estabas estudiando?

Luchito: Sí, papá, inglés. Es difícil, pero ya me va gustando.

Procopio: Muy bien. Es un ramo útil. Sobre todo para entenderse con los gringos. Tú sabes que siempre andar como nubes por todas partes

Robustina: ¿Y cómo andan los repasos de geografía?

Luchito: Te diré. De la geografía no me preocupo mucho, porque se está modificando constantemente.

Consuelo: (*siguiendo la conversación que ha mantenido con sus hermanas en un grupo aparte, en primer término*): ¿Qué será de Carlos?

Amparo: ¿Y de Ernesto?

Esperanza: Es terrible no tener noticias de nuestros novios.

Consuelo: De seguro que irán a Zapallar por vernos.

Amparo: ¿Y al no encontrarnos se pondrán a cortejar a otras?

Esperanza: Por Dios. No quiero figurármelo. (*Siguen conversando entre sí, animadamente*).

Procopio: (*a Luchito*): Es una vergüenza. Reprobado en tres exámenes. Y en cada uno con tres negras.

Robustina: Si hubiera sido con una solamente, habrías pasado bien.

Luchito: Lo mismo digo yo. Mi ideal habría sido salir con una sola negra... (*Aparte*).

Con una negra picara: la Teresita que me quiere mucho. En fin, echaremos un vistazo a la ciudad. Treparemos al observatorio (*Trepa en la escala que está apoyada en el muro*.) Caracoles, ¿Qué es eso? ¿Una humareda en la casa vecina?

Procopio (*temeroso*): Deja ver (*sube a la escala*.) ¡Dios mío, lo que faltaba: un incendio! Habrá que ir poniendo en salvo los muebles.

Consuelo: ¡Ay, Dios mío!

Esperanza: Ampáranos, Virgen de los afligidos.

Luchito: ¡Qué situación más ridícula!

Procopio (*a Luchito*): Corre, Grita. Llama a los bomberos.

Robustina: No... No.

Todos: ¿Eh?

Procopio: Pero mujer, ¿qué pretendes?

Robustina: Nada, que no podemos salir. (*Imperiosamente*) ... Que no sale nadie.

Procopio: Pero ¿estás loca, mujer?

Robustina: Nosotros no estamos aquí. Estamos en Zapallar, ¿entiendes? Si la casa se quema, nos quemaremos en ella.

Procopio: No me agrada la perspectiva...

Amparo: Pero, ¿qué hacemos?

Consuelo: Hay que pensar algo.

Esperanza: Yo me siento mal.

Luchito: Yo protesto.

Robustina: ¡Chits! Ni una palabra. El ridículo sería espantoso. A ver Luchito, sube al observatorio y ve si cunde el incendio.

Luchito: No, el humo disminuye. Parece que el fuego ha sido sofocado por los propios moradores.

Consuelo: ¡Gracias, Dios mío!

Procopio: Respiro.

Amparo: San Antonio Bendito ha hecho un milagro.

Esperanza: No. Ha sido San Expedito, santo que hace las cosas ligerito.

Amparo: Yo le hice una manda.

Esperanza: Y yo también.

Amparo: Yo un paquete de velas para su altar.

Esperanza: Y yo otro.

Amparo: Bueno, papito. Danos la plata para comprar las velas.

Procopio: Pero entonces, ¿qué gracia tiene que ustedes hagan la manda?

Amparo: Es que nosotros ponemos la intención, pero tú pones la plata.

Procopio: Lo de siempre: yo soy el eterno pagador. Bueno, niñas. Ya se está oscureciendo y es conveniente que os dediquéis a hacer vuestras labores. (*Se van Amparo, Consuelo y Esperanza.*) (*A Luchito*): Tú, estudiante reprobado, a repasar tus libros. A ver cómo sales en marzo. (*Se va Luchito*) (*A su mujer*): Tú querida Robustina, a zurcirme los calcetines. En estos tiempos no se pueden comprar nuevos. Y yo, me largo a la calle.

Robustina: ¿Eh?

Procopio: Claro mujer. A comprar provisiones para el día de mañana.

Robustina: De veras, me olvidaba. Bueno. Puedes salir pero vuelves luego.

Procopio: ¡Ah, claro! Anda, tráeme el sombrero y el sobretodo. (*Se va Robustina.*)

ESCENA CUARTA

Procopio solo. Luego, Robustina.

Procopio (*solo*): Al fin. Voy a respirar aire, a estar un rato en libertad, lejos de la férula de esta reina del hogar. Compraré las provisiones de costumbre, las dejaré encargadas donde un amigo de confianza en casa de Jerez, en seguida iré a echar una modesta cana al aire y a beber unas copitas con unos buenos amigos que están veraneando como yo. Este Jerez es muy diablo. Anoche me facilitó para los efectos de esta aventura una barba postiza, con la cual podré andar tranquilo, sin que nadie me reconozca. (*La saca del bolsillo y la examina.*) Por cierto que no le he dicho ni una palabra a mi mujer de este disfraz. (*Hace aspavientos y habla mientras oculta la barba en su bolsillo.*)

Robustina (*entrando y sorprendiéndolo*): ¿Qué es eso?... ¿Que estás hablando solo? ¿Qué significan esos movimientos?

Procopio: Problemas, hija mía. Problemas...

Robustina: ¡Ah!

Procopio: (*después de ponerse el sobretodo y el sombrero*): Bueno, mujer. Hasta luego.

Robustina: No tardes ¿eh?... Y mucha discreción.

Procopio: Pierde cuidado. Hasta luego, esposa mía.

Robustina: Válgame Dios Lo que cuesta mantener el prestigio de nuestra posición social.

ESCENA QUINTA

Robustina y Amparo.

Amparo: (*entrando*): ¿Y papá?

Robustina: Salió ya, hija mía.

Amparo: ¡Qué contrariedad! Yo tenía que hacerle unos encargos y...

Robustina: Los dejas para mañana, entonces. No hay más remedio.

Amparo: ¡Qué rabia me da no poder salir a la calle, pasar al correo, ver si hay cartas!

Robustina: ¿Carta de quién?

Amparo: De las amigas, naturalmente. (*Aparte.*) Y si hay alguna del novio, tanto mejor. ¿Qué será de Ernesto?

Robustina: ¿Cómo Ernesto? ¿No es tu novio Agamenón?

Amparo: No es; era.

Robustina: ¿Cómo así? Explícate, porque yo francamente no me doy cuenta de estos cambios tan repentinos. Por lo demás eres poco expansiva con tu madre. ¿Quién es ese Ernesto?... ¿Dónde lo conociste?

Amparo: En casa de los Gómez. Tu sabes que todos los martes tienen sus

reuniones, ... en una de ellas fui presentada a él. Simpatizamos en el acto.. Es un mozo muy guapo, viste muy bien, está empleado en un ministerio. En fin, es un excelente partido. Yo no he querido decirte nada, porque no tenía seguridad de sus intenciones, ni si todo iba a reducirse a simples conversaciones, pero parece que Ernesto piensa seriamente.

Robustina: Me alegro mucho, hija mía,, Pero Agamenón. ¿Qué irá a decir Agamenón?

Amparo: Nada, ¿Qué puede decir? No me gusta ese hombre. No tiene dónde caerse muerto. Es muy antipático. Y luego el nombre que lleva, tan largo y tan feo: A-ga-me-nón. Hágame el favor mamá, de no hablarme más de él.

Robustina: Pero de todos modos, habría que darle alguna explicación.

Amparo: Ninguna, mamá. Porque has de saber también que a tu candidato Agamenón se le ha visto cortejando a la Rosa del Campo, a la Violeta del Valle, a la Hensia de los Ríos, a la Margarita Montes, a la...

Robustina (*interrumpiéndola*): Basta, hija mía. Se ve que ese individuo no es un hombre: es un picaflor. Es un pájaro de cuentas. Has hecho bien en darle calabazas.

ESCENA SEXTA

Dichos, Consuelo y Esperanza.

Consuelo (*entrando*): No, si quien las ha dado ha sido él.

Robustina: ¿Cómo es eso? ¿Estabas escuchando? Eso es muy feo.

Esperanza (*a Consuelo*): Faltas a la verdad. He sido yo la que lo ha despedido. No soy como tú, que desesperas porque no encuentras un novio a tu gusto. A mí me sobran.

Consuelo: (*irónicamente*): Las ganas.

Robustina: Pero, qué barbaridad. Parece que los sentimientos fraternales desaparecen al tratarse de estos asuntos.

Esperanza: Es que son muy delicados.

Amparo: Bueno. Basta. Será como ustedes quieran, pero es el hecho que yo seré la primera en contraer nupcias. Porque lo que eres tú (*refiriéndose a Consuelo*) no te fíes de tu cadetito.

Consuelo: ¿Te da envidia?

Amparo: Lástima. Porque suponiendo que te fuera bien hasta la terminación de sus estudios, -lo que sería un milagro-, cuando ingresara al ejército habría que pedir permiso para que se pudiera casar contigo. Son muchos trámites. Hay que gustarle a los padres, a los hermanos, a los tíos, a todos los parientes, y todavía hay que gustarle al gobierno. Es terrible.

Robustina: Podías aprender de vuestra hermana menor. Tiene más sentido práctico

Esperanza: Sí, mamá. Yo no deseo jóvenes arrogantes, guapos, o con vistosos

uniformes. Prefiero un señor de edad.

Amparo: ¡Qué horror!

Consuelo: ¡Qué atrocidad!

Esperanza: Un señor de edad pero con dinero, que me dé lujo, que me dé gusto en todos mis deseos, que me compre joyas, trajes y auto. No desespero encontrarlo.

Amparo: ¿Pero no te atrae el amor, la juventud, la simpatía que emanan de las miradas cariñosas, la emoción que experimentamos al ver de improviso al ser amado?

Esperanza: Sí. Todo eso es muy lindo, muy encantador, muy poético. Pero no se encuentra fácilmente y, sobre todo, a nuestro alcance. Un novio que sea al mismo tiempo joven rico e inteligente, y en la imposibilidad de encontrar las cosas al gusto de una, opto por lo práctico, por un señor de edad que tenga dinero.

Consuelo: Lo que desea ésta (*señalando a Esperanza*) es quedar viuda, joven y con plata. Un partido ventajoso, como dicen los hombres.

Robustina: Bueno. Basta de charlas, y a descansar. Está un poco fría la noche, y no conviene estar al sereno. Fácilmente se puede coger un resfrío.

Consuelo: Está bien mamá, Nos vamos (*se van todas a sus habitaciones.*)

ESCENA SÉPTIMA

Luchito solo. *Saliendo en puntillas de su habitación y con el sombrero en la mano, en actitud de salir.*

Luchito: Nadie. No hay nadie afortunadamente. Lo que es yo,, me escurro con todo sigilo. Estoy harto de inglés, de matemáticas y de geografía.. (*Se va sin hacer ruido.*)

ESCENA OCTAVA

Amparo sola, *entrando pensativa.*

Amparo: ¿Qué será de Ernesto? La última vez que lo vi, fue a la salida de misa... (*Se oye ruido en el patio de una de las casas vecinas.*) (*Alarmada*): ¿Quién podrá ser si no hay nadie allí ahora? ¿Habrá entrado algún ladrón?...

ESCENA NOVENA

Amparo y Ernesto.

Ernesto: (*asomando arriba del tejado, por la casa vecina*): Soy yo, Ernesto.

Amparo: Cielos ¡qué placer! ¿Tú aquí?... Pero ¿a qué se debe esta sorpresa? ¡Qué vergüenza me da al mismo tiempo!

Amor mío, "a Zapallar me dijiste que te ibas", y a Zapallar fui. No estabas. Entonces dije; "Estará en otro Zapallar... y, efectivamente, aquí te veo.

Ernesto: Pero, ¿cómo...como has sabido?

Ernesto: Por una casualidad. Verás. Rondaba frente a tu casa, imaginándome verte

en los balcones, fresca como una rosa y encantadora como siempre, cuando con gran asombro mío veo salir sigilosamente a tu hermano Luis; ¡tate! me dije. Aquí hay gato encerrado. Y como tocó la coincidencia que la casa vecina estaba desocupada, aquí me tienes.

Amparo: Bueno, Ernesto; pero no vaya a verte alguien en esa postura, con lo cual nos comprometerías. Voy a abrirte la puerta de calle y conversaremos unos pocos minutos con más tranquilidad.

Ernesto: (*asustado*). ¡Ay!

Amparo: ¿Qué es eso?

Ernesto: Que me parece que tiembla...

Amparo: De veras. Por Dios, bájate.

Ernesto: Hasta luego. (*Ernesto desaparece tras el tejado*).

ESCENA DÉCIMA

Amparo, Consuelo, Esperanza y Robustina.

Consuelo: (*entrando*): Mamá ... mamá. Está temblando...

Esperanza: ¡Dios mío, qué susto!

Consuelo: Amparo...

Esperanza: Lucho...

Consuelo: Salgamos a la calle.

Robustina: No. A la calle, no, Por nada del mundo.

Consuelo: Yo me siento mal.

Esperanza: Las piernas no me sostienen.

Amparo: Y parece que sigue todavía.

Consuelo: Con seguridad que va a venir otro remezón Nunca viene uno soío.

Esperanza: Siempre me acuerdo del terremoto de...

Consuelo (*asustadísima*): ¿No lo decía?

Amparo: Corramos a 1a, calle.

Consuelo: Salgamos, sí. (*Llamando*.) Lucho,.. Lucho.

Esperanza: Parece que no está. ¿Habrá salido?

Robustina (*imperativa*): Bajad la voz, y estaos quietas. Aprended de vuestra madre...

(*Aparte*), que tampoco las tiene todas consigo. ¿No veis? Ya pasó (*pequeña pausa*.)

¡Ea! A recogeros, niñas, que ya es hora de entregarse al reposo. En cuanto a ese insubordinado de Lucho, mañana arreglaremos cuentas.

Consuelo: Cualquiera duerme tranquila.

Esperanza: Esta vida es insufrible.

Robustina: Basta de rezongos.

Consuelo: Cualquiera encuentra marido con esta situación.

Esperanza: Nadie quiere casarse.

Robustina: Paciencia, hijas mías.

Consuelo: Buenas noches, mamacita.

Esperanza: Que reposes bien.

Robustina: Lo mismo digo, hijitas. Hasta mañana. (*Se van primero Consuelo, Amparo y Esperanza por distintas puertas; luego, Robustina.*)

ESCENA UNDÉCIMA

Amparo, sola.

Amparo: (*Saliendo de su cuarto y entrando a escena de puntillas.*): El pobre Ernesto debe estar esperándome. Voy a abrirle la puerta y charlaremos un momento. En seguida vuelvo.

ESCENA DUODÉCIMA

Amparo y Ernesto.

Amparo: Chits. Calladito. Que nadie se entere.

Ernesto Nadie, alma de mi alma... (*le declara cómicamente su amor*).

Amparo: ¿Y cuentas ya con algo para nuestra boda?...

Ernesto: Cuento con la muerte de mi tío y padrino Sebastián, que, como no tiene familia y me profesa un cariño entrañable, me instituirá su único heredero.

Amparo: ¿Y tendremos que esperar que fallezca para ver realizados nuestros ideales?... ¡Qué triste y fúnebre es eso!

Ernesto: La vida es así (*filosóficamente*). "De la muerte nace la vida, en una constante renovación..." que sería largo explicarte... porque los minutos son preciosos. ¿Me quieres mucho, verdad?

Amparo: ¿Y me lo preguntas, ingrato? Te amo locamente. Pienso en ti a todas horas. Sueño contigo casi todas las noches.

Ernesto: ¿Qué sueñas? Dime.

Amparo: Sueño que yo estoy toda vestida de blanco, tú de frac, correctísimo, y frente a nosotros... el sacerdote bendiciéndonos. Cincuenta automóviles lo menos, esperando afuera en la calle la salida de la concurrencia.

Ernesto: Yo sueño lo mismo, pero en una parroquia humilde. (*Aparte*) Así se gasta menos.

Amparo: ¡Qué ocurrencia! Y ¿el qué dirán?

Robustina (*adentro*): Auxilio... Amparo ... Consuelo... Esperanza.

Amparo: Virgen santa. ¿Qué ocurrirá?... Escóndete aquí. En seguida saldrás. Yo te avisaré. ¿Qué pasará?... (*Ernesto se oculta entre las plantas*). ¡Ay, qué susto!

ESCENA DECIMOTERCERA

Amparo, Consuelo, Esperanza y Robustina.

Consuelo (*entrando*): ¿Qué ocurre?

Esperanza (*entrando*): ¿Qué pasa?

Robustina (*entrando rápidamente, con bata y gorro de dormir, presa de un verdadero pánico*): Hijas mías... algo terrible. No puedo hablar.

Amparo: Pero ¿qué sucede? Explicáte, por favor.

Robustina (*con palabras entrecortadas*): Sucede que hay ladrones... hay ladrones en la casa.

Consuelo: ¡Dios mío!

Esperanza (*asustadísima*): Huyamos.

Robustina (*prosiguiendo su relato*): Un bandido... barbudo y siniestro... quiso introducirse en mi dormitorio.

Amparo: ¡Qué horror!

Consuelo: Y ¿dónde está?

Robustina (*desfallecida*): No lo sé, hijas mías. No he tenido fuerzas sino para salir afuera para llamaros.

Esperanza: Llamemos a la policía.

Robustina (*sobreponiéndose a su propia turbación*): No. Eso no. Sería para que el ridículo cayera sobre nosotras. Ustedes saben que no estamos aquí. ¿Entienden? Estamos en Zapallar, de manera que si nos roban, debemos dejarnos robar.

Amparo: Pero, mamá...

Consuelo: Debemos hacer algo.

Robustina: Si hubiera un hombre a quien acudir...

ESCENA DECIMOCUARTA

Dichos y Ernesto.

Ernesto (*presentándose bruscamente, al oír las últimas palabras*): A sus órdenes, señora.

Consuelo: ¡Uy!, el ladrón... (*corre desesperada*). Esperanza, huyamos.

(*Consuelo y Esperanza se van, dando gritos. Doña Robustina cae desmayada en un sillón. Ernesto no halla qué hacer, Amparo está toda confundida*).

Ernesto: Pero, Amparo mía ¿qué ocurre?

Amparo (*sobresaltada*): Ocorre que... hay ladrones en casa, y no hallamos cómo expulsarlos. Estamos solas. Toca la casualidad que Lucho y papá salieron. ¿Qué hacer?

Ernesto: Ante todo, serenidad ... calma, yo lo prenderé.

Amparo: Gracias, Ernesto mío. Gracias.

Robustina: (*volviendo en sí*). ¿Se fue el ladrón ya?

Ernesto (*respetuosamente*): Señora

Robustina (*cayendo nuevamente en el sillón*): Por favor, no me mate usted.

Ernesto: No, señora. Si no pienso en matarla, usted esta equivocada. Yo soy Ernesto, que amo a su hija Amparo, y he venido aquí a salvar a usted y a los suyos de la audacia de los bandoleros.

Robustina: ¿Es verdad, hija miar1

Amparo: Sí, mamacita. Es mi novio.

Robustina: ¡Oh, caballero! ¿Cómo le podremos pagar este favor? Busque usted al ladrón y échelo fuera... sin que se entere la policía, sin que se entere nadie.

Ernesto: Bien, señora. Acato sus órdenes. Voy a proceder a registro de las habitaciones. Mientras tanto, ocúltese usted con Amparo y no salga hasta que yo la llame.

Robustina: Bueno. (*Aparte.*) Estoy más muerta que viva. (*Se van Amparo y Robustina.*)

ESCENA DECIMOQUINTA

Ernesto, solo.

Ernesto: Lo malo es que no traigo arma alguna. (*Se registra los bolsillos.*) ¿Y si el bandido lleva puñal?... (*Pausa*) ¡Ea!... ánimo... resolución. (*Dirigiéndose a una puerta y retrocediendo.*) Pero no, no me atrevo... ¡Qué falta me hace mi revólver! Hay que tener presente que está empeñado... mi amor propio, mi honor de caballero. Debo, pues, afrontar la situación. ¿Qué hacer? La verdad es que yo, al salir de casa, no me figuré el lío en que iba a meterse. Pero, por ella,, estoy dispuesto a iodo. Moriré por ella corrió un paladín de los tiempos heroicos. (*Transición*). El escándalo que voy a formar si el ladrón pretende atacarme, va a ver para contarlo. La verdad es que tengo miedo de penetrar en las habitaciones. Yo preferiría esperarlo aquí, en el patio. Aquí hay más cancha, más campo para la lucha... y para huir en caso necesario. Pero no. Huir no. ¿Qué diría mi Amparo? Debo mostrarme ante sus ojos como un valiente. Venga, pues, corno revólver improvisado, la llave de mi casa. Con ella apuntaré al bandido, si se atreve a presentarse.

ESCENA DECIMOSEXTA

Ernesto y Amparo.

Amparo: ¿Lo encontraste, Ernesto?

Ernesto: No. Todavía no; pero estoy buscándolo. Debe estar escondido ¿sabes? Posiblemente me ha visto y ha dicho para sí; voy a tener que habérmelas con un hombre... "ésta no es conmigo"... Y se ha ocultado.

ESCENA DECIMOSÉPTIMA

Dichos y Robustina.

Robustina (*entrando*): ¿Encontró usted al bandido ya?

Ernesto: Todavía no, señora, pero estoy buscándolo, debe haberse escondido, posiblemente debajo de las camas, porque no se ha puesto a alcance de mi vista.

Robustina: Búsquelo pronto, señor, para salir de esta situación angustiosa.

Amparo: Sí, Ernesto mío, búscalos, pero no arriesgues tu vida. 'Tú sabes que ella me pertenece.

Ernesto: Voy, amada mía voy (*con un gesto heroico.*) Empiezo a registrar las habitaciones... (*aparte*) y empiezo a sentir un temblor de piernas que no puede sostenerme. (*Entra por una puerta lateral.*)

Amparo: Tranquilízate, mamá, por Dios. Ya ves. Ahora no estamos solas, tenemos quién nos defienda. Y Ernesto es un valiente, no cabe duda.

Robustina: (asustada). Escóndete, hija mía. Escóndete.

Amparo: ¿Qué hay?...

Robustina: El bandido... ¿ves?... El bandido... el hombre barbudo (*se refiere a Procopio, que entra pensativo a escena, sin verlas*),

Amparo: (*corriendo a ocultarse con su madre en el costurero*): ¡Virgen santa!

ESCENA DECIMOCTAVA

Procopio, solo. Luego, Ernesto.

Procopio (*entrando; trae puesta la barba postiza, el cuello del sobretodo levantado, lleno de tierra; en una palabra, está inconocible. Viene bastante bebido.*): Yo no sé qué le ha dado a mi mujer por huir de mí. El hecho de que yo haya tomado unas cepitas... no es motivo suficiente para que huya así. La verdad es que bebí mucho. Cosas de Jerez... que me retuvo en su casa más de lo que yo pensaba.

Ernesto: (*entrando*): ¡Caracoles! Aquí está el ladrón... (*Dirigiéndose a Procopio.*) ¡Miserable... (*Apuntándole con la llave.*) Salga usted afuera... o, de lo contrario, hago fuego...

Procopio: Pero, hombre, ¿quién es usted? ¿Por qué está aquí?

Ernesto: Eso es lo que yo le pregunto a usted, so bandolero... Y no se acerque más ... porque disparo...

Procopio: Habráse visto.

Ernesto: Salga de esta casa inmediatamente.

Procopio (*aparte*): Pero ¿estoy soñando? ¿O me habré equivocado de casa?...

Como veo medio turbio. Pero no. Por el Zapallar la reconozco.

Ernesto (*aparte*): Vacila, tal vez, entre fugarse o atacarme. ¿Irás a sacar sus armas?

Procopio: (*bruscamente*): Caballero tendrá usted que explicarme cómo se encuentra aquí.

Ernesto: (*retrocediendo*): No tengo que explicarle nada. Salga usted a la calle

ESCENA DECIMONOVENA

Dichos, Consuelo, Esperanza y un carabinero. Luego, Amparo y Robustina.

Consuelo: (*entrando*): Por aquí...

Esperanza: (*entrando*) Pase usted.

Carabinero (*entrando*): ¿Dónde está el ladrón?

Procopio (*señalando a Ernesto*): Ahí..

Ernesto (*señalando a Procopio*): Este es. Carabinero: ¿En qué quedamos? ¿A cuál me llevo preso?...

Consuelo (*en la duda*): Llévese a los dos.

Amparo (*entrando*): No. Eso no, Carabinero, el ladrón es ese hombre barbudo.

¿Verdad, mamá?

Robustina (*que ha entrado con Amparo*): Sí, carabinero. Ese hombre es el que quiso introducirse en mi cuarto.

Procopio: Naturalmente.

Carabinero: ¡Entonces hay circunstancias agravantes: robo nocturno, con premeditación y alevosía.

Procopio: (*aparte*): ¿Pero es que estoy soñando?... No, la culpa la tiene Jerez que me hizo tomar tanto.

Ernesto: Concluyamos.

Robustina: Sí, sáquelo usted fuera (*aparte al carabinero*) y déjelo en libertad. No queremos que se pase parte.

Carabinero (*aparte*): Este es un lío.

Procopio (*a Robustina*): Bueno. Dejémonos de bromas y vamos a acostarnos, hijita.

Robustina: ¿Otra vez?

Ernesto: Yo lo mato. (*Apunta con la llave.*)

Amparo (*interponiéndose*): No. No lo mates. Por favor, Ernesto mío

Procopio: ¡Ah! Con que "Ernesto mío" ¿eh? Muy bien, muy bien.

Robustina (*aparte*): Esa voz...

Carabinero: Basta de escándalos. Vamonos para la comisaría. (*Toma a Procopio de un brazo*)

Ernesto: Sí. Eso es.

Procopio: Pero, Robustina, ¿permities que me lleven preso?...

Consuelo (*extrañada*): Sabe su nombre...

Procopio: No me conoces? Soy tu marido.

Robustina: dudosa: ¿Procopio?.. ¿Pero esa barba?

Procopio: De veras. No me la había quitado. (*Se la quita.*) Ha sido un olvido. Como tengo la cabeza trastornada.

Robustina: ¿Era postiza?

Procopio (*aparte a Robustina*): Sí. Me la puse para que no me reconocieran; para guardar el incógnito, por obedecerte-.

Ernesto (*aparte*): ¿Cómo explicar? (*Queda pensativo.*)

Procopio (*a Robustina*): Y luego, hija mía, que la verdad se ha de decir: pasé a tomar unas copi-tas.

Robustina: ¿Y el susto que me has dado?

Procopio: Se pasará. Pasará, como a mí también se me pasará... la borrachera.

Ernesto (*aparte a Amparo*): ¿Y qué hago yo en esta situación?

Amparo (*aparte a Ernesto*): Pedirle perdón, naturalmente, y en seguida pedirle mi mano. La ocasión la pintan calva.

Ernesto (*aparte para sí*): No me queda otro recurso. (*Arrodillándose.*) Perdón, papá.

Procopio: ¿Cómo es eso de "perdón, papá?"

Ernesto: Sí, señor. Yo amo a su hija locamente. Yo deseo hacerla mi esposa, ante Dios y ante los hombres, con todos los requisitos legales.

Procopio (*indignadísimo*): Sinvergüenza. ¿Y me quería asesinar y echarme a la calle? Carabinero, lléveselo preso. (*El carabinero intenta llevarse a Ernesto.*)

Amparo (*interponiéndose*): No, eso no. Papacito lindo. Perdónalo. Si no nos perdonas... si no consientes en nuestra unión... moriremos...

Robustina: Perdónalos, Procopio. En lo que solicitan, llevan la penitencia.

Procopio: ¿Pero, usted cuenta con algo?

Ernesto: Sí, señor, cuento con... Bueno, le diré. Yo soy de familia rica y, aparte de esto, estoy ocupado en el ministerio. Luego me van a ascender, tengo personas influyentes que podrán conseguirme un puesto de importancia con una renta apreciable, y nada nos faltará.

Procopio: Vaya vaya... Los perdonaré. ¡Qué hemos de hacerle! (*Los abraza*)

Carabinero: ¿De manera que no hay ladrones ni hay nada?

Ernesto: Sí, los hay: (*por Amparo*) esta niña, que me ha robado el corazón.

Procopio: (*refiriéndose a Robustina*). Y esta mujer que me roba la libertad.

Carabinero: Bueno, dejarse de bromas, que no estoy para pláticas, Yo voy a pasar el parte...

Robustina: No, No. (*A Procopio*). Pásale algo para que no dé un escándalo. Es preciso que todos ignoren lo que ha ocurrido aquí.

Procopio (*al carabinero*): Tome, joven... (*le pasa dinero*) para cigarros, y para un trago si a mano viene.

Carabinero: Se agradece. Buen dar con las cosas que pasan.

Robustina: Bueno. Adiós. Y mucho silencio.

ESCENA VIGÉSIMA

Dichos, menos el carabinero.

Procopio (*dirigiéndose a Robustina*): Y ahora, hija mía, convendrás conmigo en que así no se puede vivir...

Consuelo: Pasamos en constante zozobra. Esperanza: En perpetua alarma.

Amparo, incendio, temblores, ladrones... Es un martirio estar encerrada. Volvamos a Santiago mamá. Es decir, ya que estamos en él, volvamos "socialmente" por medio de los periódicos. Robustina: Bueno. Ya está. ¡Qué ha de hacerse! Acepto. (*A Consuelo.*) Escribe, hija mía. (*Consuelo se sienta a la mesa, toma un block se dispone a escribir.*) (*Dictándole*): "Han regresado de Zapallar el eminente abogado don Procopio Rabadilla, su distinguida esposa doña Robustina Jaramillo y sus encantadoras hijas Amparo, Consuelo y Esperanza."